so tener inmediatamente dinero, dinero al contado.....

—¿Y esos americanos lo tienen? preguntó con amargura la marquesa. ¿Qué es, pnes, esa gente?

—Paciencia, señora, lo sabremos muy pronto.

—¡Dios mio, cómo podríamos procurarnos esa cantidad! ¿Cómo desinteresar á esos aventureros que se atreven á querer comprar nuestro nombre?..... ¿Cómo rescatar la palabra de Federico?

La anciana, ocultando la cara entre sus manos, empezó á sollozar y decia con entrecortada voz:

—¿Cómo podré librar á mi nieto?..... ¿Cómo podré salvar mi nombre?

—¡Tranquilizaos, por Dios, señora! exclamó el general trastornado al ver la desesperacion de la pobre anciana.

Y acercándose más á ella:

—¡Tranquilizaos, repito; salvarémos la honra de los Villepreux!

—Y lo podrémos conseguir, Enrique?..... No me engañéis. ¿Podéis vos salvarnos?

—Yo no, os lo he dicho ya.

—¿Quién es, pues?

—Una sencilla mujer.....

—¿Una mujer decís?..... ¿Quién es?..... ¡Acabad!

Brettecourt se sonrió triunfante, y dijo lentamente:

—¡María Renaud!

XV.

VISITA INESPERADA.

Por primera vez desde hacia muchos dias, Juan Reuaud iba á dar un paseo matutino por el Bosque de Boulogne, pues María hubo de exigirle que empezara de nuevo la vida que llevaba antes de caer ella enferma.

El jóven, dócil siempre á los consejos de su madre, y completamente tranquilo respecto á su salud, viéndola á todas horas sonriente, feliz y respuesta del mal que le habian causado las crueles emociones que habia sufrido, no tuvo inconveniente en acceder á sus deseos. El jóven se proponia en lo sucesivo, si eso fuera posible, quererla aún más que antes; consagrarse enteramente á ella, rodearla de los mayores cuidados y hacerla, en fin, tan di-

chosa que se olvidara para siempre de todos sus pesares.

¡La felicidad de su madre era su ley!

En cuanto á la suya propia, ¿para qué ocuparse de ella? ¿La alcanzaria alguna vez, á pesar de las esperanzas de Brettecourt?

Y siempre que pensaba en su madre, es decir, de un modo contínuo, pensaba tambien en su general, pues no podia acordarse de uno, sin evocar simultáneamente el recuerdo del otro. Tambien él formaba proyectos para lo porvenir.

El general podria pronto retirarse, y al hacerlo, le obligaria á quedarse en Paris; su vida se deslizaria entónces tranquila para todos y sin nuevos sufrimientos, pues él se los evitaria á su madre, y aquel amigo tan bueno, tan cariñoso, á quien queria tanto como si fuera su padre, no se separaria de ellos.

Entregado á estos pensamientos, Juan recibió una gran alegría cuando al llegar delante de su casa de la calle Fortuny, apercibió á Brettecourt, que se apeaba de un coche.

—¡Mi general, qué alegre sorpresa!

—Sargento Renaud, le respondió el conde, vuestro jefe viene á pediros de almorzar..... si no os incomoda.

—Bien sabeis que mi casa es vuestra.

Juan se apeó del caballo y ambos entraron en el hotelito.

—Hijo mio, dijo Brettecourt, como es la primera vez despues de muchos dias que os encontráis aquí solo, se me ha ocurrido que tal vez os aburríais, y he venido á haceros un rato de compañía.

—Lo que yo quisiera es que no nos separásemos nunca, replicó Juan.

—¡Oh! ¡oh! ¡nunca, nunca!..... es eso mucho decir; pero, en fin, creo que estamos destinados, sin embargo, á pasar juntos parte de nuestra existencia.

Juan notó que el general estaba más, mucho más alegre que de costumbre y se lo dijo.

—Es verdad, le respondió el conde.

—¿Puedo preguntaros el motivo de vuestra alegría? dijo el jóven con cierta ansiedad.

—Es muy sencillo, hay dias que se levanta uno de mejor humor que otros, y cuando á mí me sucede esto, tengo un apetito formidable.

—Entónces, á la mesa, mi general.

El almuerzo estuvo muy alegre. Brettecourt hablaba con tal animacion, que parecia un muchacho y aturdia por su talento á su jóven amigo, hablándole de Paris; del ejército y de sus viajes.

Juan sentia disiparse poco á poco su negra melancolía; olvidaba sus pesares influido por la comunicativa alegría del general, y contó tambien una excursion, en extremo chistosa, que habia hecho en el Japon.

El general que le estaba observando de reojo, se congratulaba por haber contribuido á que desapareciesen sus preocupaciones, distrayéndole de sus tristes pensamientos, que forzosamente debilitaban su sistema nervioso. "Hele aquí, se decia, en buenas disposiciones para el dia que se está preparando."

A eso de la una de la tarde, ofreciéndole Juan cigarros, los rehusó.

No; no tendriamos tiempo de fumar con sociego: Tengo que hacer una visita y os llevo conmigo.

—Una visita, ¿á quién?

—A vuestra madre; le escribí esta mañana que estaríamos en su casa poco despues de la una, y es preciso que no nos hagamos esperar.

Juan se sonrió, sin notar que la voz del conde se habia puesto de repente temblorosa.

—Mi general, dijo, sois el único para decir las cosas con gracia y de un modo seductor. O confieso que tengo muchas ganas de ver á mi madre; estuve con ella ayer y me parece, sin embargo, que hace un mes que no la abrazo.

—Partamos, pues.

—Voy á dar órden de que enganchen y en seguida saldrémos.

Cuando llegaron á la calle del Sentie,r la célebre casa de lencería presentaba á la vista un aire de fiesta.

En el patio, los mozos, con aspecto y ademanes de alegría, cargaban las cajas.

En la ancha escalera los compradores y las vendedoras que los acompañaban, tenian la sonrisa en los labios; y las empleadas iban y venian contentas y satisfechas, saltando los escalones, corriendo de una á otra dependencia y cumpliendo con su trabajo como si fuera una diversion.

—Apuesto, dijo Brettecourt, á que vuestra madre ha bajado por primera vez á los almacenes.

María Renaud, en efecto, habia vuelto á tomar aquella mañana la direccion de su casa.

Esta era la causa de la alegría que reinaba allí.

Mamá Renaud se habia puesto furiosa.

—¡No quiero que trabajes! ¡Te prohibo que salgas de tu cuarto! habia dicho.

Pero María la contestó con su inalterable sonrisa, con aquella sonrisa que al fin habia aparecido de nuevo en sus labios.

—Te aseguro, mamá Renaud, que nunca me he hallado mejor.

—Y la anciana no tuvo más remedio que ceder, contentándose con seguir á su nieta como si fuera su sombra para vigilarla como si hubiera temido una recaida.

María lo estuvo inspeccionando todo, recorrió la casa de arriba abajo, dichosa por ha-

llarse en aquel centro del trabajo, dirigiendo una palabra amable á cada una de sus dependientas, que la felicitaban todas con lágrimas de placer en los ojos, por haber recuperado la salud.

Sin embargo, la calma pareció abandonar á María Renaud, cuando hácia el medio dia un mandadero la entregó una carta.

—¿Qué es esto? exclamó su abuela viéndola palidecer.

—¡Oh! nada de particular..... una carta del señor conde de Brettecourt que me anuncia su visita para luego; vendrá con mi hijo.

—¿Juanito no almorzará con nosotras?

—No. Quiero que desde hoy en adelante vuelva á su antigua vida.

Mamá Renaud se encogió de hombros, pensando: ¿no estaria más á gusto con nosotras? Pero no pudo por ménos de decir:

—Es raro que el general te escriba para participarte que va á venir á visitarte, cuando eso es lo que hace todos los dias. ¿No te dice más?

—No, no, replicó María algo cortada; pero démonos prisa, porque sin duda vendrá temprano.

Almorzaron apresuradamente; despues María rogó á su abuela que se pusiera un traje de seda, y ella misma se vistió con algun cuidado y cierta coquetería.

Luego, con gran admiracion de mamá Renaud, arregló su despacho de un modo especial, y colocó un hermoso ramo de flores encima de la mesa.

—Parece que estás esperando otras visitas además de la del señor de Brettecourt.

María no respondió; pero se puso nerviosa é impaciente.

Y cuanto más avanzaba la hora, se sentia más febril, y murmuraba:

—¿Es posible, Dios mio, que quiera venir?..... ¿Venir aquí á mi casa?..... ¿No será una ilusion del general?.....

Su excitacion aumentó cuando el conde y su hijo llegaron.

Los recibió en su despacho, y dió órden de que nadie la molestase para hablarla de negocios.

La curiosidad de mamá Renaud y de Juan habian llegado á su colmo, cuando trajeron á María una tarjeta de la marquesa viuda de Villepreux.

—Esta señora, dijo la criada, pregunta si la quereis recibir.

María entregó la tarjeta á Brettecourt, quien á su vez se la dió á Juan. Este palideció al mirarla.

Brettecourt se sonrió triunfante, y fijó en la madre de su jóven amigo una mirada de in

teligencia que significaba: "¡Veis cómo no os engañaba!"

En cuanto á mamá Renaud, que habia leido el nombre al mismo tiempo que su biznieto, se puso á temblar.

—¿Pero esa señora no vendrá sola? preguntó Brettecourt.

—No, señor, la acompañan otra señora y una jóven.

—Hacedlas entrar, murmuró María con voz apagada.

Juan se habia levantado para ir al encuentro de la marquesa; pero quedó clavado en su sitio, sin fuerzas para andar, y preguntándose si no estaba soñando.

Brettecourt fué el que hizo entrar á las señoras de Villepreux en el despacho de María Renaud.

Iba á ser las presentaciones; pero la anciana marquesa le detuvo:

—¡No digais nada, Enrique!

Y avanzó con las manos extendidas hácia María Renaud.

—Señora, dijo, doy gracias á Dios, que por mediacion del señor Brettecourt, me ha permitido encontrar al fin á la familia del nobilísimo militar que pagó con su vida su abnegacion por mi hijo, á quien amaba con pasion y que murió más tarde, ¡ay! pero no por esto es menor mi agradecimiento, y os lo probaré

con mi amistad, si quereis concederme la vuestra.

María estaba anonadada, le parecia que volvia á ver á su amado, y hubiese querido arrodillarse á los piés de la anciana y besarla las manos. Pero se repuso pensando en su hijo:

—Señora, balbuceó, os amábamos todos aquí antes de conoceros.....

No tuvo fuerzas para añadir una palabra más; su voz se apagaba.

—¿Todos? Tal vez no, replicó la marquesa viuda, volviéndose hácia mamá Renaud. ¿No hay aquí alguien que conserva cierto rencor á la familia de Villepreux, alguien que se ha sustraido siempre á mi agradecimiento?

Mamá Renaud temblaba ahora como una hoja sacudida por la tormenta.

—Hace mucho tiempo, señora, prosiguió la marquesa, que deberiamos conocernos y amarnos, y por más orgullosa que seais, me permitireis, sin embargo, así lo espero, estrecharos entre mis brazos.

La abuela de María, completamente trastornada se dejó caer sollozando en brazos de la marquesa, que dijo con voz balbuciente y vertiendo lágrimas sus ojos:

—Parece, el general es quien me lo ha contado, que tenias celos de mí, señora, y que os preguntábais por qué la muerte habia herido á vuestro hijo ante los muros de Sebastopol,

más bien que al mio. ¡Ay! señora, los designios de la Providencia son misteriosos; mi hijo ha muerto tambien, y nuestros dolores son iguales.....

Mamá Renaud no alimentaba ya el menor rnncor en contra de la familia de Villepreux, y cuando estaba descontenta por las indiscreciones del conde, le dirigió una mirada de agradecimiento, porque comprendia á medias lo que éste habia hecho en favor de su biznieto.

Juan habia llegado ya á dominar su emocion y cuando la marquesa se volvió hácia él, le vió teniendo en las suyas las manos de Julieta y de Enriqueta y oyó que las decia:

—Me es imposible expresaros la dicha que me embarga veros aquí.

—No puede ser mayor que la nuestra—replicaba la mujer de Honorato.

Enriqueta se acercó entónces á Maria Renaud, balbuceando:

—Yo tambien os quiero mucho, señora.

Maria la rodeó con sus brazos y la besó con cariño.

—¡Ah, querida niña, querida niña!—exclamaba.

Y dirigiéndose á Julieta:

—¿No tendreis celos, señora?

—¿Los tendrais vos si vuestro hijo me quisiera á mi tambien?

—Seria al contrario una felicidad para mi—respondió Maria.

Brettecourt se habia apartado de los demás, fingiendo mirar con atencion un mueble; pero sus ojos no podian ver nada, oscurecidos como estaban por las lágrimas que á pesar de su energía, se renobaban sin cesar, y caian rodando por sus megillas.

—Si Juan de Villepreux me ve—se decia—debe estar contento de mí.

—Espero, señoras—dijo la marquesa viuda—que de hoy en adelante considerareis nuestra casa como vuestra. Señor Renaud soy una anciana, es verdad, pero me gusta la juventud.....y quiero que vengais á verme muy á menudo, muy á menudo.....

Y añadió con una sonrisa:

—Además, no todas somos ancianas en el palacio de Villepreux. Juan y Julieta se ruborizaron, mientras que Maria decia:

—Hoy mismo—señora—si lo permitis, os devolveremos vuestra visita, para probaros cuán agradable nos ha sido.

Brettecourt, que en aquel momento tenia fija la mirada en Juan, notó que una nube pasó por su rostro y que arrugó un instante el entrecejo; pero estas señales de resentimiento duraron poco; ¿podia Juan dudar de su felicidad hallándose Enriqueta á su lado, sonriendo

á su madre despues de haberla visto en sus brazos?.....

—Señora—replicó la marqueza—el dia en que por primera vez os presenteis en mi casa, será uno de los más hermosos de mi vida; es esto deciros que os espero con impaciencia.

Algunos instantes despues las damas de Villepreux se retiraron. Juan y Brettecourt las acompañaron hasta el pié de la escalera. Mientras que se alejaban en un modesto coche de punto, el conde dijo:

—He conocido un tiempo en que habia doce caballos en las cuadras del palacio de la familia de Villepreux..... ¡Qué decadencia!

Y al decir estas palabras, fijaba una ardiente mirada en Juan Renaud.

—¡En nada aminora esto el mérito de tan nobles señoras! exclamó éste con calor.—¿La pérdida de su fortuna puede acaso hacerlas decaer?

Brettecourt se sonrió de un modo enigmático.

—¡Demontre! dijo, creo que el que se permitiera insultar delante de vos á la familia de Villepreux, pasará un mal cuarto de hora..... Sin embargo, noté hace algunos instantes que una nube pasó por vuestro semblante.

—Es cierto, replicó Juan.

—Y ¿por qué?

—Porque si bien es verdad que hemos recibido la de las señoras de Villepreux, antes de llevar á mi madre á su casa hubiera yo deseado que el marqués.....

—No hablemos de él, interrumpió de un modo brusco Brettecourt, por lo ménos en este momento. Os afirmo que podeis considerar á la marquesa viuda como verdadera jefe de la familia.....

—Pero..... ¿y Federico?

—Olvidémonos tambien de éste hasta nueva órden; es muy desgraciado. No os acordeis ahora más que de esto: la anciana marquesa, *sabiéndolo todo*, ha querido presentarse en vuestra casa sin el menor retraso.

Juan se estremeció ligeramente.

—Tal proceder, dijo el jóven, merece, en efecto, que se lo agradezcamos con sinceridad.

—Es muy posible que vuestro agradecimiento se ponga á prueba ántes de que pase mucho tiempo y de un modo bastante rudo...

¡Ah! mi general, ¿dudais acaso de mi corazon?

—Brettecourt se sonrió otra vez y respondió:

—De ningun modo, hijo mio.

En aquel momento entraban en el cuarto de María y la hallaron dispuesta para salir.

—Señor conde, dijo, os ruego que me ofrezcáis vuestro brazo para ir á casa de las señoras de Villepreux.

Brettecourt, adivinando que una última indecision germinada en el espíritu de Juan, se apresuró á contestar:

—Estoy á vuestras órdenes, señora. Estas visitas se devuelven en las primeras veinte y cuatro horas.

Juan Renaud siguió á su madre, pues no olvidaba que habia prometido obedecer ciegamente á su general.

—¿Nos acompañais? preguntó éste á mamá Renaud.

La buena anciana movió negativamente la cabeza.

No queria presentarse en casa de la marquesa hasta conocerla más; estaba demasiado trastornada todavía y además si ella salia tambien, ¿quién vigilaria los almacenes?

María Renaud no pronunciaba una palabra, obraba casi como una autómata, evitando las miradas de su hijo y tomando nuevas fuerzas en las miradas de Brettecourt.

Subieron los tres en el coche de Juan, y no hablaron una palabra en todo el trayecto que tuvieron que recorrer.

Cuando llegaron á la calle de Saint Dominique, encontraron abierta la puerta principal del palacio y la criada que estaba acechando, hizo señas al cochero de que podia entrar en el patio.

El coche, describiendo una ligera curva, paró delante de la escalinata.

Esto duró apenas diez segundos, y sin embargo, un mundo de pensamientos asaltaron el espíritu de María Renaud.

En aquel patio era en donde el hombre á quien tanto habia amado jugaba cuando niño, en aquel hermoso palacio, hoy triste y silencioso, en que habia pasado la mayor parte de su juventud y de donde salia para ir á verla á su modesta habitacion de la plaza de los Vosges; allí habia soñado que ella, marquesa, viviría con él y en aquella morada, opulenta entonces, murió desesperado, sin haber podido asegurar la suerte de su mujer ni de su hijo.

Allí era en donde á no ser por la intervencion de un miserable, les hubieran acogido y les hubiesen amado evitándoles los dolores de una vida desamparada.

Pero María no lo sentía ahora por que si no se hubiese hallado abandonada, no hubiera trabajado con el afan de ganar una fortuna para su hijo, fortuna que alcanzó en la medida de su deseo.

Juan se habia puesto de nuevo pálido y febril.

Brettecourt estaba conmovido, pero gozoso.

Y con un noble sentimiento de orgullo, [illegible] María para que se apease

delante de aquel palacio que debia haber sido suyo.

En aquel instante, la marquesa viuda apareció en el umbral de la puerta.

—¡Sed aquí la bienvenida, señora! exclamó. ¡Y vos igualmente, señor Renaud!

Enriqueta y su madre estaban tambien allí.

Juan echó una ojeada al vestíbulo, buscando con la vista al marqués y á Federico.

La marquesa adivinó su pensamiento.

—Mi hijo y mi nieto no están en este momento en casa, dijo.

Honorato no habia vuelto desde por la mañana y Federico, á su vez, habia salido sin almorzar, con la cabeza ardiendo y el corazon destrozado. En aquel mismo instante iba el desgraciado jóven recorriendo sin rumbo fijo las calles más extraviadas de Paris huyendo de la gente y abandonándose á su dolor.

Para volver á subir la gran escalera del palacio, la anciana marquesa aparentó apoyarse en el brazo de María; pero en realidad ella era la que sostenia á la madre de Juan, que sin fuerzas por la emocion experimentada al entrar en el palacio, aún cuando tenia los ojos abiertos, nada veia de cuanto la rodeaba, imaginándose que asida al brazo de Juan de Villepreux, subia las gradas de la antigua morada de su amado y recordaba vagamente que un dia, habiéndole manifestado ella su admi-

racion por la escalera de la casa que habitada en la plaza de los Vosges, le habia contestado sonriendo: "Otra conozco yo más hermosa todavía."

Julieta habia tomado el brazo de Juan Renaud. A pesar de su habitual dulzura y de su calma, la mujer de Honorato tenia una gran firmeza de carácter; nunca el recuerdo de Juan de Villepreux habíase apartado de sn alma, y que sin que se diera cuenta de ello, el parecido del hijo de María con el marqués difunto era el principal motivo del cariño que á dicho jóven profesaba. No creia todavía en el éxito completo de sus deseos; pero tenia esperanza.

Enriqueta estaba radiante de hermosura y de alegría.

Brettecourt la daba el brazo y la jóven le dijo:

—¡Ah! ¡qué buen amigo sois!

—¿Me concedeis, pues, un pequeño sitio en vuestro corazon?

—Uno muy grande, mi general.

En el momento en que penetraban todos en el salon de la marquesa, una puerta situada en la meseta del primer piso se abrió á medias, dejando asomar una cara en extremo pálida.

Despues de la cara apareció un [illegible] do temblor[illegible] un cuerpo to-

[illegible]o.

Oculto detrás de aquella puerta, Cuepin habia visto subir á María Renaud y á su hijo.

—¡Son ellos, murmuró, son ellos!

El criado estaba atónito; pero impelido por su propio interés, se deslizó hasta la entrada del salon para ponerse á escuchar.

Y al oir las afectuosas palabras que la marquesa dirigia á María, se apoderó de él una notabilísima excitacion.

—Baradoux tenia razon, murmuró.—¡Esa condenada mujer está ya en accion!..... ¡Y así de repente se presenta, sin que yo haya podido adivinarlo!..... ¡Demonio! ¡demonio! ¡parece que las cosas se están echando á perder!..... ¡Atencion, amigo Cuepin!..... Y no se haya en casa ese estúpido marqués, que Dios confunda!.....

XVI.

EL ESPANTO DE UN BRIBON.

En aquel mismo momento Honorato atravesaba el patio con aire satisfecho.

[illegible] murmuró:

Cuepin le apercibió y [illegible]

—¡Ah! buen hombre, crees q[illegible] en

salvo..... ¡Pues á fé que es mala la que te espera ahora!.....

El marqués, en efecto, se consideraba salvado y estaba altamente satisfecho del éxito tan grande que habia obtenido en casa de Dickson y de las pruebas de respeto de que le habian colmado, sobre todo el banquero. Era de nuevo el marqués de otras veces, el hombre ante el que todo el mundo se inclinaba.

Despues de conseguir el consentimiento de su hijo y olvidándose en seguida del modo cómo le habia recabado; se dirigió al hotel del americano.

La familia de éste se hallaba en la mayor ansiedad, pues cuando Dickson preguntó á su hija el resultado de su paseo por el jardin, le contestó con rabia:

—¡Nada, absolutamente nada!

Y al ver la estupefaccion de sus padres, añadió:

—¡Ese francés tiene la sangre helada!

En el lindo hotel de la avenida del Bosque de Boulogne, nadie pudo apenas dormir aquella noche.

El americano se contentó con recostarse en un divan y no cesó de fumar.

Edith no se acostó más que para llorar en secreto, no lágrimas de amor, sino de vanidad herida. La echaban con sus millones en br[illegible]